



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

LISA MARÍA COLORADO RODRÍGUEZ

NOTAS DE LA VERGÜENZA

BOGOTÁ

2022



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

NOTAS DE LA VERGÜENZA

LISA MARÍA COLORADO RODRÍGUEZ

Trabajo de grado para optar por el título de maestra en -Escritura Creativa

GIUSEPPE ERNESTO CAPUTO CEPEDA

BOGOTÁ

2022



## AUTORIZACIÓN DEL AUTOR PARA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TRABAJO DE GRADO

Código:

Versión: 5.0

Página 1 de 1

Fecha:

### BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

#### INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

**1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:**

Maestra en escritura creativa

**2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:**

# Notas de la vergüenza

**3. SI AUTORIZO**

**NO AUTORIZO**

**A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:**

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, **“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”**, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

#### IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

**Nombre completo:**

Lisa María Colorado Rodríguez

**Documento de Identidad:**

1.144.086.732

**Firma:**

## DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

### AUTOR

| Apellidos          | Nombres    |
|--------------------|------------|
| Colorado Rodríguez | Lisa María |

### DIRECTOR (ES)

| Apellidos     | Nombres          |
|---------------|------------------|
| Caputo Cepeda | Giuseppe Ernesto |

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: MAESTRA EN ESCRITURA  
CREATIVO

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: NOTAS DE LA VERGÜENZA

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

CIUDAD: BOGOTÁ AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 58

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones 3 Mapas     Retratos     Tablas,  
gráficos y diagramas     Planos     Láminas     Fotografías    

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia): N/A

Duración del audiovisual: \_0\_ Minutos.

Otro. ¿Cuál? \_\_\_\_\_

Sistema: Americano NTSC \_\_\_\_\_ Europeo PAL \_\_\_\_\_ SECAM \_\_\_\_\_

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: N/A

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):  
TRABAJO DE GRADO MERITORIO

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico*

*[biblioteca@caroycuervo.gov.co](mailto:biblioteca@caroycuervo.gov.co)*):

**ESPAÑOL**

Fragmento, relato, ensayo, emociones,

Vergüenza, autobiográfico

**INGLÉS**

Fragmented narratives, story, essay

emotions, shame, biography

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

El manuscrito explora la vergüenza como concepto constitutivo de la persona y del relato familiar, a partir de una serie de fragmentos. Es una poética sobre las heridas personales y familiares; la exploración intelectual y la delimitación de la persona desde la exploración de una herida.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

The manuscript explores, from a fragmented narrative, shame as a constitutive concept of the person and the family story. It is a poetic about personal and family wounds; the intellectual exploration and the shape of the person from the exploration of a wound.

## TABLA DE CONTENIDO

|                            |    |
|----------------------------|----|
| ENSAYO INTRODUCTORIO ..... | 7  |
| MANUSCRITO .....           | 14 |
| TRABAJOS CITADOS .....     | 72 |

## ENSAYO INTRODUCTORIO

Este proyecto escritural contiene una serie de fragmentos en los que exploro la vergüenza como una herida procedente de las limitaciones que supone la pertenencia a un grupo social (siguiendo a Annie Ernaux), tales como las dificultades para acceder a otros escenarios (laborales, educativos, sociales...). Esta vergüenza se manifiesta, por ejemplo, en el dolor que produce la miseria o en el reconocimiento de la distancia que se habita de la belleza establecida por las estructuras dominantes. La vergüenza opera como una entidad exterior que se forja bajo los mismos mecanismos de la identidad, es decir, debe haber un reflejo primario que, una vez ha configurado una mirada de sí, establece aquello que es despreciable.

Además de lo anterior, me interesa hacer una exploración de las emociones como una posibilidad de complejizar y alimentar un ejercicio de mirada, reflexión y creación. Fijarse en una emoción hasta agotarla. Esta fijación ha significado una exploración de:

- 1) la vergüenza como una emoción de la que no se habla fácilmente, en la medida en que es un componente esencial en la construcción de las sociedades, al establecer los marcos a partir de los cuales alguien es merecedor de estima o rechazo; de resiliencia o distancia.
- 2) Un relato personal desde el lugar en el que se habita, escribir desde un pueblo, que no es ni una cosa ni la otra: es demasiado rural para los ciudadanos y demasiado urbano para los campesinos; en cualquier caso, y desde el relato popular, un pueblo es un infierno.
- 3) La exploración del papel fundante de la palabra. Siguiendo a Didier Eribon, la palabra ordena y con ese orden aparecen estructuras ontológicas. ¿Cómo se nombran las cosas que nos dan vergüenza? ¿Cómo son las personas que sienten vergüenza por todo? Pero, además, están las



palabras que recibe el avergonzado o las que se dice a sí mismo, que se marcan en la piel y llevan a

4) La herida que se inscribe en el cuerpo. La reflexión sobre la herida, la injuria que se inscribe en el cuerpo, surge también de la lectura de Eribon. En el cuerpo habitan las marcas de lo que se supone que causa vergüenza y el cuerpo reacciona al rechazo o al autorechazo que sufre el avergonzado. Es una herida que dialoga con la figura (o arquetipo) de Narciso, y su visión embelesada, torturada, agotada en sí misma, que no termina de transmutar.

La decisión por el fragmento estuvo motivada por el interés de recrear el pensamiento, que no es lineal ni sigue una estructura específica: pasar, obsesivamente, de un recuerdo a otro para darle sentido al mismo problema. El silencio, además, es un elemento esencial en la configuración de la música de los textos.

El texto se ha ido consolidando a partir de tres momentos: 1) la injuria, 2) la mencionada reconstrucción no lineal del pensamiento y los sentimientos de rechazo, abandono y venganza asociados a la vergüenza, y 3) el orgullo como una categoría que implica una transmutación, a partir del reconocimiento de la diferencia y la reapropiación de la herida. Un lugar al que no se accede fácilmente, aunque es al que se aspira llegar. La constelación de autores que hacen parte de esta poética son Annie Ernaux, Didier Eribon, Boris Cyrulnik, Natalia Ginzburg, Bernard Williams, Gabriele Taylor y Camila Sosa Villada.

Ensayo la noción de injuria a partir de la lectura de “Una moral de lo minoritario” de Didier Eribon (2006), en donde el autor sostiene que la injuria se inscribe en el cuerpo, ya que tiene un efecto formativo que llega a convertirse en el sello de identidad (estigma) de quien la recibe. La

identidad asignada, a partir de la estigmatización, significa una expulsión de todo lo que la sociedad considera como negativo. En este proceso interviene la palabra como un elemento que instauro la realidad de lo que designa, en tanto el orden social y el lenguaje responden a una dinámica esencialista. En ese escenario, el insulto o la injuria configuran la vergüenza:

“la injuria es esencialista porque el mundo social lo es. Y el lenguaje es solo la expresión de este esencialismo pleno del orden social, que entraña divisiones, jerarquías, categorías, clasifica a los individuos según una escala de valores y convierte la pertenencia que se les asigna en la definición misma de su ser”. (Eribon, 2006, pág.80).

Dentro de su exploración, Eribon también sostiene que la vergüenza posee, entre sus dimensiones, la separación y el deseo. Cuando el injuriado recibe el calificativo que lo separa del grupo, y es moldeado desde el miedo o la vergüenza de ser diferente, aparece también la conciencia de que aquellos que lo excluyen ya no pueden ser objeto de deseo y eso implica que hay que mirar y buscar en otra parte. Se crea un temor a dirigir el deseo, excepto en los intersticios. Volcar la mirada es un momento necesario, para el avergonzado, aunque no sea algo permanente. La conciencia herida puede transfigurarse en una conciencia rebelde toda vez que el injuriado transforme lo que su singularidad produce en él. La transfiguración es la forma en que Eribon describe cómo se llega al contrario de la vergüenza: el orgullo.

La reconstrucción no lineal del pensamiento y los sentimientos de rechazo, abandono y venganza asociados a la vergüenza los he explorado en las obras de Annie Ernaux, Boris Cyrulnik y Camila Sosa Villada. Los tres autores han sido una vía de entendimiento de la vergüenza como una emoción relacionada con las estructuras de la sociedad y los modos en que interactúa con otras emociones.

En “La vergüenza” (1997) y “Una mujer” (1987) de Annie Ernaux hay una etnografía de la vergüenza y un encuentro con la pérdida, pues la autora explora todos los elementos que circundan una sensación que no se puede nombrar, a la vez que se explora la vulnerabilidad con las nociones de separación, pérdida, enfermedad (esta última en “Una mujer”). La pertinencia de estas obras estriba en el reconocimiento de la vergüenza como un sentimiento del que difícilmente se quiere hablar porque es difícil nombrar la herida inscrita en el cuerpo. En las obras de Ernaux hay un retrato de cómo se viven ciertos sucesos a partir de las estructuras, los márgenes que se habitan socialmente y la vergüenza; todo esto narrado desde una distancia que me interpela constantemente y que lleva a preguntas como: ¿qué se debe escribir y qué no?, ¿qué cosas damos en la escritura? Y también: ¿hay una vergüenza que pervive?

Boris Cyrulnik en “Morirse de vergüenza” (2011) hace una reconstrucción de la psique y la interacción social del avergonzado, sus formas de expresarse y las vías a las que conduce la herida cuando se elabora y cuando no. Aunque Cyrulnik aborda la noción de orgullo y lo presenta como una sensación contraria y potencial a la vergüenza, no es claro en los mecanismos que llevan a él, como sí lo hace Eribon. Dentro de los planteamientos más importantes de Cyrulnik, y que se recogen en este trabajo, están: i) la dificultad para hablar de la herida, porque compartir con otros la vergüenza implica un acto en sí mismo y, por eso, antes que salir, volvemos a la madriguera; ii) la imagen de sí: el avergonzado pierde una imagen de sí mismo que busca reconstruir, a toda costa, a partir de espejos distorsionados; iii) el componente social, de clase, que hay en estas situaciones: es una víctima que se plantea principios tan rígidos que pueden llevarlo a su propio detrimento y que dirigen la búsqueda del avergonzado a conseguir la estima del entorno personal por medio de la posesión de objetos, la elegancia en el vestir y la dignidad; iv) la autopunición como forma de supervivencia del avergonzado: “las conductas de

fracaso son la regla cuando la vergüenza nos desvaloriza, cuando el estereotipo cultural sugiere... incluso el éxito puede resultar vergonzoso” (Cyrulnik, 2011, p.184).

En “Las malas” (2019), Camila Sosa Villada logra una voz narrativa que encarna lo que Eribon y Cyrulnik describen en sus obras, es decir, la separación de quien es avergonzado del grupo, el deseo desplazado, el habitar los intersticios y el lugar del orgullo en la reconfiguración de lo que avergüenza una vez que se asume “lo monstruoso” y se reapropia la herida. Camila Sosa logra construir un relato en el que sus personajes han alcanzado la conciencia de inventarse a sí mismas libremente “contra la violencia del orden social y a partir de ella” (Eribon, 2006, p. 112). Esta obra magistral logra mostrar las complejidades, la reactualización de una herida que late constantemente y que se activa ante mecanismos mínimos- es la rabia que palpita como consecuencia de un maltrato continuo; es la pobreza lo que duele; es el miedo tiñéndolo todo, volviendo todo un espejo que paraliza la vida ante la idea de que uno “es” o “vale” algo; es el placer, lo prohibido; un cuerpo sin lugar que se transforma, a lo largo de la obra, en una fiesta eterna-.

De la vergüenza se escribe con vergüenza: es poner la piel a rojo vivo, ante la mirada del otro, y supone la tarea de recrear sensaciones que, como pasa con muchas heridas, se cree que nadie más ha experimentado, además de lo que ya presenta Cyrulnik, a saber, que el avergonzado prefiere evitar que quienes lo rodean participen de su dolor. Tal es el motivo por el que presento una experimentación a partir de varias voces, en donde se cuela una primera persona que acota, de manera permanente, al lector para expresar exactamente lo que quiere expresar y donde busco que el relato vaya tomando un cuerpo que es mixto, que no puede narrarse de una sola manera porque, o bien se agota, o se estanca la voz narrativa.

A lo largo del proyecto hay una vergüenza que pervive y que suelta de a poco, a fuerza de no exponerlo todo tan pronto, las marcas de la herida. Pero, en esta construcción se presenta, también, una voz que se regodea en la herida y que va encontrando en ese regodeo un punto límite: o se pasa al orgullo o se expande el espejo distorsionado.

Difícilmente se habla de la vergüenza porque eso hace que reconozcas que la mirada del otro se posa en ti y no desde un lugar dignificante, sino todo lo contrario: el avergonzado pretende no ser despreciado y se oculta de esa mirada. Pero ese sentimiento no es fácil de determinar, se empieza por una desazón, pasando por la ira que habita cada palabra pronunciada y que termina materializada en una culpa que emana de los lugares que habitan las palabras. Es la división que no puede nombrarse, como un precipicio del que no se puede salir y que abre las vías de la venganza como una zona de dignificación, de reconciliación esporádica, de quien se ha sentido avergonzado.

Ha sido difícil para mí abordar un tema que ya se ha tratado de diversas maneras. Defender un relato propio y bordear una postura política clara, porque las contradicciones siempre se asoman. Exponerme. Escribir con la conciencia de que en cada palabra hay un desborde potencial. Se me hace igualmente difícil construir el paso al orgullo cuando he encontrado dentro de la escritura el propio regodeo con la herida, la autopunición como mi forma de supervivencia. Porque una cosa es la reactualización de la herida y otra es la encarnación del arquetipo de Narciso que se embelesa y lo distorsiona todo a su paso. De esa manera, la escritura también se distorsiona y, sobre todo, se agota. Los retos que ha planteado la escritura, desde esta perspectiva, me han llevado a considerar la introducción de elementos plásticos como una forma de exponer la escritura personal, la configuración de la persona y la mixtura de expresiones que pueden

acompañarla. Ésa, sin embargo, es una decisión que no está tomada dentro de la construcción del proyecto y se presenta, en este caso, a manera de ensayo.

Además de lo anterior, otros planteamientos se han abierto, aunque aún no decido si sea éste el lugar para abordarlos. Boris Cyrulnik (2011) sostiene que:

“al desculturizar un grupo, lo habían convertido en un conjunto de víctimas y no ya en una comunidad. La tradición y los valores transmitidos por la cultura componen un puntual narrativo, una representación coherente de sí entre los suyos, un valioso factor de resiliencia” (p.137).

Con todo, la vergüenza está completamente atravesada por la noción de identidad como una entidad exterior que, en cualquier caso, coloniza. En ese sentido, se ha abierto para mí la posibilidad de pensar este tema a la luz de las sociedades colonizadas y violentadas, como la nuestra; de la vergüenza como un sentimiento que nos acompaña y se reactualiza. Somos pueblos a los que constantemente nos arrebatan la dignidad, las conexiones y las posibilidades de consolidar dinámicas de resiliencia. Nuestras posibilidades han sido limitadas al punto de que muchas veces la decisión ha sido a mirar para otro lado y sobrevivir a pesar del trauma, a la vez que se despoja, se despersonaliza, se anula, porque en contextos como este es difícil transmutarse, recrear una imagen de sí y, en ese sentido, es difícil reconocer la otredad.

**MANUSCRITO**

*Me avergonzaba su manera brusca de hablar y de comportarse, sobre todo porque me daba cuenta de cuánto me parecía a ella.*

- Annie Ernaux

*La palabra era vergüenza. No podía sentir una vergüenza mayor que esa: la constatación de la pobreza.*

- Camila Sosa Villada



Hay una herida que te atraviesa de tajo. Esta herida se manifiesta en todo el cuerpo: punza y te transforma, primero, en una sombra, después, en una bruma. La bruma lo habita todo, flota y no encuentra anclaje alguno: ¿cómo se deja de ser invisible? A veces no se puede regresar porque implica observar la herida y convertirla en otra cosa. Entonces, eliges de nuevo la bruma, porque es más liviana.

El despojo es a lo que estás acostumbrada.

Intentas permanecer casi omnipresente, sin habitar nada, para esconderte de la herida. Pero la herida palpita, se renueva. Desde lo ingrátido la miras, le adivinas su rostro para configurarla y, poco a poco, regresar a la tierra, tocar la tierra, humedecerte, volver a la solidez. Quieres decir, por ejemplo:

*Vengo a hablar a la menor de tres hijos, la de la tez de leche, los ojos claros. A la más parecida a su mamá. A la que hacía las cosas de “otra” manera, a quien teme otro rechazo. Yo, que soy la menor de dos hijas (porque no acepto a los hijos “regados” de mi papá), con ideas lejanas de lo que ha sido esta familia, con decisiones diferentes y creencias radicalmente distintas, voy a hablar de esa herida que compartimos. Voy a hablar de ti, porque soy tú (porque enunciamos de manera reiterada ese miedo a ser rechazadas y nos da vergüenza lo que somos). Enunciar, por ejemplo, aquella presencia que creemos que nos mira todo el tiempo, reprobando la forma en que nos expresamos, nos movemos, hablamos, vestimos (reprobando también la forma en que los*

*demás lo hacen, porque no nos basta con lo que vemos en el espejo. El otro también es un problema y tampoco sabe lo que está haciendo). Voy a enunciar la vergüenza, la que se manifiesta en la imposibilidad de acceder a ciertos grupos sociales, manifestaciones o modos.*

La niña rubia de ojos claros vive en una casa con un patio enorme poblado por palos de café, de plátano y cacao. Su padre está a punto de morir, pero ella no lo sabe. Su padre, Carlos, trabaja en el Ministerio de Obras Públicas y en unas horas empezará a enfermarse.

(Este hecho, como es previsible, es un punto de inflexión. La muerte del padre, además de implicar el duelo por lo perdido, es también un encuentro con la madre, que es una mujer poblada por la nostalgia y el rencor del prestigio perdido, por la ruina y por la amargura de no retornar al lugar privilegiado de origen).

Mientras Carlos trabaja en un papeleo de la nueva carretera del pueblo, siente su vejiga llena, ganas constantes de orinar, le duele la “espalda baja” y se levanta más de lo normal de su silla para tomar descansos. No hay una posición en la que encuentre alivio. Piensa que está mal acomodado o que esa mierda de silla no sirve para nada. Agarra la chaqueta de *jean*, saca la paca de peches y se pone uno en la boca. Lo enciende y se va para la casa. Su esposa no está y empieza a pensar con qué malparido lo estará engañando esta vez; que le va a demostrar quién manda.

*A ver, Carlos, quién manda en esa casa.*

Horas antes, la niña de crespos muy rubios, tan rubios como para pensar que no es su hija (*él tan moreno y la niña tan blanca, tan rubia, no podría ser su hija*), iba caminando por las vías del tren, por la carrilera. Está jugando. Su esposa no está en la casa porque llevan todo el día buscándola. Están desesperadas.

La señora de las arepas de la carrilera ha llamado a la niña rubia y le ha dicho que qué hace por allá; la retiene con una arepa gigante de maíz, amarilla, bañada en mantequilla y sal. La niña se sienta a comer, extasiada, porque lleva todo el día sin comer. Alguien la vio ahí sentada comiendo y se fue por la esposa de Carlos, gritando, “doña Belén, doña Belén, apareció la niña, corra que está en la carrilera”. Doña Belén corrió y corrió, corrió más rápido que la mordida de la niña, que ya tenía la bola de maíz, mantequilla y sal en la boca, que escupió cuando doña Belén la agarró de la blusita pequeñita.

Sin embargo, no hubo poder humano que detuviera la ira de Carlos. No importó la cantidad de testigos que pudieran acudir a explicar que la niña había estado perdida ni que todos llegaran juntos, en fila, a la casa. Carlos levantó las camas y abrió los armarios, rompió las puertas y, al no encontrar al supuesto amante, sacó a Belén que, en momentos como ese, se reducía y se metía en un rincón casi invisible a la cólera de su esposo. Ese día la golpeó porque no encontró a su amante, la golpeó por el dolor en la espalda, la golpeó porque la puta del barrio a la que siempre buscaba ya tenía otro cliente y porque no había con quién jugar ajedrez.

Pero el dolor en la espalda no se iría.

Esa noche ni Belén ni sus hijos dormirán en casa.

*No había nada, Carlos, pero alguien tenía que pagar por tu ira, por el dolor en la espalda, por la debilidad en tu cuerpo.*

Esa noche, Belén recorrerá, uno a uno, los instantes dolorosos que había vivido al lado de un hombre pobre, negro, elegido a fuerza de no quedarse soltera y de escapar de la falta de afecto de su mamá. “Mi mamá no me quería, mi mamá conmigo era tiranísima”, dice Belén cada vez que rememora su infancia. Pasará por la plaza de mercado con la niña rubia en brazos y los demás

hijos pegados a su cuerpo. *La primera parada será la casa de tu madre, Belén* (aquí se sepulta la ruina. María, que fue una mujer tan adinerada, de familia tan honorable, como insiste Belén cuando cuenta la historia de su familia, y, sin embargo, ya no tiene un peso porque sus hijos, los chusmeros, arruinaron a la familia. Fue esa ruina una de las razones por las que Belén se conformó con el hombre que hoy la sacaba a golpes de la casa). Le dirá que no la va a recibir, que ella tiene que resolver los problemas con su esposo “y la próxima vez que le pegue, le pega usted también, porque si no, no la va a dejar nunca en paz”. La segunda será la parálisis en la mitad de la calle (y la vergüenza de estar huyendo, tratando de mantener la compostura, *¿te fijaste, al menos en si tenías marcas de los golpes, Abuela? Los niños han llorado y tú has caminado tan rápido, como puedes, pensando que lo tenías todo bajo control*). La tercera parada será la casa de una prima suya, una mujer generosa, que esa noche la acoge para devolverle unos cuantos favores.

El día que Belén regrese, Carlos estará llamando a la niña de rizos rubios, a esa hija pequeña, para entregarle dinero y dejarle un mensaje a su esposa: “entreguele esta plata a su mamá cuando llegue. Me van a hospitalizar”.

La niña, la rubia (la de dudosa paternidad, *la que veía por tus ojos*), va a pasar noches y días perdiéndose de las arepas amarillas con mantequilla, por cuidarlo. La niña va a escuchar cada vez que Carlos pida que lo trasladen para la casa porque se siente mejor y se le detendrá el corazón cada vez que la ambulancia regrese por él, porque recae.

“A Carlos le quedan quince días de vida”.

Belén es la más complicada y más acomplejada de sus hermanas. Todas dicen: “¡es que Belén como es de malgeniada!”, “¡Usted también le dio mucha guerra a Carlos!”.

Belén enfurece y reclama porque ella fue una víctima, porque se aguantó a un hombre borracho y mujeriego (*te falta decir que te condenó a la pobreza, abuela*), porque lo único bueno que su esposo le dejó fue la pensión humilde que ahora tiene y los hijos que concibieron.

Pero Belén no cedió nunca, no permitió ni siquiera que el ADN de Carlos poblara a sus hijos. Su rabia fue suficiente para atacar cualquier atisbo físico del hombre moreno y crespo. Tres hijos de piel clara, dos de ellos con cabellos lacios, una de ellos con ojos claros y tez como la leche.

Su venganza se materializaba en el rechazo sexual hacia su esposo, en las constantes críticas que le hacía, en lo mucho que despreciaba sus decisiones y en el quejido constante con el que se levantaba cada mañana ensordeciendo a sus hijos y a su esposo. Belén no sufría en silencio. Cada día iniciaba con un lamento largo y repetitivo, como un tambor que hace que todo vibre.

*El quejido se instaló en ti y ahora quien no escucha eres tú, abuela.*

Su ira se esparcía con su aliento y llenaba a su esposo, a sus hijos, gota a gota, con lentitud y sin descanso: un veneno perfectamente dosificado que, si no mataba, arruinaba todo a su paso.

Su venganza se prolongó una vez murió su esposo y empezó, en poco tiempo, a utilizar el armazón de críticas y reproches contra sus hijos, en especial, contra la niña de rizos rubios, la que amaba a su padre. Porque nunca entendería cómo una hija podía ser cómplice y llenar de amor a un hombre que la despreciaba a ella como hija y maltrataba a su madre.

Su venganza continuó en su silencio. A sus nietos, *a nosotros*, nunca les habló, *nunca nos habló*, del abuelo, excepto por tres detalles: fue un hombre inteligentísimo, pero estaba loco; “fue un mujeriego y yo sufrí mucho con él”; a pesar de su sinvergüencería, no dejó hijos regados, “eso me lo juró agonizando”, dice siempre Belén.





La mujer de rizos rubios (*siempre dependiente, siempre anhelante, siempre niña*) daba de qué hablar. Dio de qué hablar cuando quedó en embarazo, por primera vez, de un hombre comprometido y que le dio la espalda. Dio de qué hablar cada vez que salía de rumba o de paseo con sus amigos. Dio de qué hablar su buen gusto y su reticencia a vestirse como las demás: “ahí perdona mi buen gusto y mi ojo caro”, decía, *dice*, cada vez que se compra un nuevo artículo para vestir. Sus impulsos, su primer matrimonio, su separación y el viaje al extranjero dejando a una bebé de siete meses, también serían motivo para señalarla.

Sentiría siempre vergüenza por su origen (*sentirás siempre vergüenza de tu mamá porque no sabe comer, porque se ríe demasiado duro, porque es demasiado imprudente, demasiado tacaña, demasiado grosera. Sentirás siempre vergüenza de los ojos invisibles que te vigilan: tú tan bella, tan blanca, tan inteligente y, sin embargo, tan poca cosa para los hombres adinerados del pueblo, para acceder a otros círculos sociales. Te taparás la boca al reír, hablarás despacio y correctamente, pronunciarás bien cada palabra y pondrás un toque de perfección en todo lo que hagas, porque las cosas se hacen bien o no se hacen*): una familia sin dinero que se comportaba con ínfulas de que tiene clase, aunque no sepa lo que eso significa. Una familia que se creía distinguida y dotada de talentos, siempre comparándose con los demás a ver quién era mejor, llenándose de odio contra los que eran inferiores, aun cuando fueran sus vecinos, aun cuando su propia casa se cayera de mugre. La rubia, por su parte, se dedicaría a tener una buena ortografía, hablar y entonar las palabras correctamente, a vestirse adecuada y distinguidamente. Resaltar entre la chusma: saber de dónde se viene, pero no parecer de ahí.

La mujer de rizos rubios limpiaba cada hendidura de su casa (*porque no soportaba la mugre que se acumulaba ni los descuidos de su mamá, ni la indiferencia de sus hermanos caminando entre el*

*polvo, los chinches y el piso lleno de tierra proveniente del patio de la casa)* por si alguna vez las visitaban. Pero su casa era un lugar inaccesible, cerrado para los visitantes. Belén no soportaba las ventanas abiertas, como tampoco soportaba las visitas: cada vez que alguien tocaba a la puerta, siendo una visita sorpresa, se iba al último rincón de la casa, en completo silencio, esperando que dejaran de llamar a la puerta.

Se casaría con un policía, un amor de adolescencia. Ambos con dos hijos no planeados decidieron unirse en matrimonio porque se sentían destinados a estar juntos. Y con esa unión llegaron las mentiras. La mujer de rizados rubios se mentiró a sí misma para soportar las infidelidades de un policía de pueblo, mujeriego, que le pediría que tuvieran un hijo, la abandonaría en el proceso de embarazo y se iría con otra, despertando en ella el veneno de su madre.

“Una vez me dijeron que su papá les cogía pereza a las mujeres embarazadas”.

Su aliento manchó al policía, a quien despidieron después de que ella se quejara en la comisaría por la infidelidad con una mujer del cuerpo policial. Ahora estaban a mano: el sueño de él también quedó hecho pedazos. La mujer, *mi mamá*, no ha podido sanar el sueño frustrado de no haber tenido una familia como de revista.

Ambos salieron del país buscando mejor suerte, darles una mejor vida a sus hijos (ella a sus dos hijas; él a quien fuera que decidiera que era su hijo, aunque todos tuviéramos su apellido), huyendo de la nada que ofrecía vivir aquí, *huyendo también de sus errores*.



(Regreso a la tierra, a “mi tierra”).

*Voy a la casa de la abuela a buscar remedios. Regreso a pedir ayuda para purgarme con diente de ajo; a nutrirme con agua de panela caliente, bien caliente. Voy a escuchar los regaños de mi abuela por irme al río, de madrugada, sola, mientras van subiendo los agregados de otras veredas a coger café.*

*Recorro el infierno que hay en el paraíso que los de afuera romantizan. Regreso por la purga de la miseria, a renovar el deseo de no vivir aquí).*

La casa de Carlos estaba cerca a la estación de los Willys (antigua estación del tren), al puteadero del pueblo (*Changó*), a la plaza de mercado y la estación de policía. La calle no estaba pavimentada, a diferencia de las calles del centro. Es igualmente relevante mencionar que la casa estaba ubicada justo después de la carrilera (que son las antiguas vías del tren y parten el pueblo en dos) al costado occidental del pueblo. Hacia el oriente se ubican la mayoría de barrios privilegiados; hacia el occidente están los pobres. Por la zona se movían campesinos, comerciantes y prostitutas. No era el lugar al que se invitaba a nadie a pasear, a comer un helado o a tomarse una cerveza (*excepto si iban a Changó a hacer el ritual de iniciación masculina*).

La casa era de una sola planta, una puerta, una ventana. La estructura era de bahareque (que son básicamente marcos de guadua forrados en esterilla. Sobre la esterilla se ponía el cagajón: mierda de vaca, arena y cal para blanquear las paredes). Su fachada era pálida: las paredes estaban pintadas con cal y solo la puerta y la ventana tenía pintura *beige*, muy clara, nada llamativo, *porque lo llamativo es vulgar*. Al interior había tres habitaciones, la sala, la cocina y el patio, en donde Carlos sembró cacao, naranjos y café; también había un galpón con gallinas que la abuela cuidaba para matar después y comer en algún almuerzo especial o llevar a algún paseo familiar. La pareja y el primogénito tenían sus propias habitaciones, las niñas no, las niñas dormían juntas. Los colchones eran de paja (una vez, los niños decidieron secuestrar, como personaje principal de su juego, uno de los colchones. Lo llevaron al palo de naranjas y le sacaron todo el relleno. El resultado fue que cuando lo arreglaron el colchón quedó lleno de bultos y no hubo cómo emparejarlo. Esa noche las niñas estrenaron el colchón abultado).

En el centro de la casa estaba la sala que se conectaba a un pasillo en dirección a la cocina y al patio. Al lado de la cocina estaba el sanitario, la ducha estaba en el patio. El lavadero tenía un

tanque que colgaba por encima de él, que hacía necesario que cuando fuera a sacarse agua tuvieran que llenarse baldes; cuando tenían que lavar el tanque, practicaban maniobras en el aire.

Los niños ayudaban a hacer las tareas domésticas: limpiaban la casa, el tanque, llenaban las botellas con petróleo para la venta y de vez en cuando iban a la revueltería que había montado Carlos para generar ingresos extra. El sueldo de obrero en el Ministerio de Obras Públicas no alcanzaba (*no, abuela, Carlos no tenía un puestazo como insistes en contarnos y su inteligencia no lo llevó más allá de tener algunos días de trabajo en oficina, ayudando con oficios varios. No lo llevó a un mejor puesto, solo lo expuso a la explotación*) y Carlos no quería ser un mal padre. Eso significaba que, aunque no tuvieran dinero, aparentaban: no importaba la transparencia de la ropa del día a día. Los domingos se usaba la ropa de moda y de marca para provocar la estima del entorno: compostura, formación académica, buena ropa, trabajo duro, amigos “importantes”. *A eso le llamaban “tener cosas bonitas”.*

A Carlos le gustaba que la casa mantuviera la ventana y la puerta abierta. El veneno de Belén las cerraba todos los días y resistía tanto como podía porque no quería compartir con nadie su miseria: la habitación de las niñas se cerraba con una cortina, la del primogénito y los padres sí tenía puertas; los colchones de las habitaciones iban desnudos o con sábanas, si estaban limpias; el piso era de madera y había muy pocos muebles; el juguete de temporada para cada uno de los niños; nada de cuadros, muchas porcelanas (de la Virgen, de *Jesús crucificado bendito*); los libros de Carlos (*que ahora que lo pienso, no se guardaron*); la trompeta de Carlos y los velones de Belén.

Belén odiaba, *odia*, a los ojos curiosos que podían, *pueden*, colarse a su puerta y criticarla a ella y a su casa. Eso la llevó a alejarse tanto como pudo de la zona de la pobreza y viviría en casas alquiladas, aunque no estuvieran en el centro del pueblo, antes que volver a su casa.



Me cuesta admitir mi presencia en este lugar pequeño, atravesado por condiciones topográficas diversas y manifestaciones estáticas: el parque, los cafés, los bares, la misma gente envejeciendo, con los mismos gestos, un poco más flaca o más gorda, curiosa de lo que pasa en la vida de los otros. En el centro yo, que no estoy en el centro, me descubro pensando con ínfulas de superioridad: la gente de aquí no sabe lo que es la vida, solo porque no ha estado afuera. En el centro yo, que sé que esas personas conocen todos mis secretos: verme crecer es argumento suficiente para tener una mirada que me examina en todas mis capas y yo, por más lejos que me vaya, sigo siendo de aquí. Con una memoria decididamente selectiva me atrevo a decir: “no sé quién eres, no te recuerdo”, poco después de que alguien dice que sabe quién soy, dónde estudié, por qué razón me recuerda; siento el peso de su mirada que me recorre a través del tiempo y me siento en desventaja porque mi mirada ha estado fijada en otro punto, lejana.

Soy una mirada esquiva. Huyo. Mi mirada busca posarse en aquellos lugares en los que puedo ser un fantasma, aparecer y desaparecer con facilidad, sin dejar huella, sin que me noten y, luego, la contradicción: el desgarró de no ser vista, de ser tan liviana como para que alguien me note, me extrañe. Porque la mirada primera que recibí fue de desaprobación e insuficiencia. Una herida que se convirtió en una profecía que llevaría conmigo a todos lados: *serás molesta y despreciada a donde quiera que vayas. Serás el resultado de un trabajo insuficiente. Serás una herida que se pudre con los años, no sanas, supuras; echarás pus hasta que los gusanos rechacen tu carne, te secarás y serás polvo disuelto en el aire.*



Soy esta miseria que se posa en los ojos de quienes viven aquí, buscando amor, aprobación, respeto. Hago terapia: sanar, sanar, sanar como búsqueda, consigna y mantra: *que el dolor se vaya, que el miedo se vaya, que las ganas de huir se vayan, que la palabra cargada de odio se vaya, que este cuerpo que desprecio se vaya, que la gente que me recuerda mi miseria se vaya, que la sensación de ser un problema se vaya, que el deseo nunca consumado de decir lo que pienso se vaya, que la vergüenza de existir se vaya;* y cuando todo se vaya, ser el principio, que sea la palabra haciendo, yo, *una sin-vergüenza que se posa en el atrio, cantando y bailando con orgullo, mirando a los ojos. Nunca más la mirada esquiva, porque soy una herida que respira.*

(Tu primera mirada fue de desprecio. Didier Eribon dice: la injuria se inscribe en el cuerpo. La injuria que se inscribió en mi cuerpo dice: *no eres suficiente tú ni lo que haces. Desde entonces te busco y busco que me quieras. Repito tus gestos y tus palabras. Soy tu eco*).

En la versión de Ovidio, Narciso era el hijo de Liríope. Fue concebido cuando Cefiso la violó al abrazarla en su sinuosa corriente y encerrarla en sus aguas.

Cuando una vez Liríope consultó el oráculo con el objetivo de conocer la posibilidad de que Narciso llegara a la vejez, éste le respondió: “Si no llega a conocerse”.

Narciso fue deseado por muchos, pero no se dejó impresionar por ninguno (no agrego juicios de valor respecto a la soberbia que se le atribuye). Eco no fue la excepción.

Eco: la ninfa que “no aprendió a callar ante el que habla ni a hablar ella misma antes” era cómplice de las ninfas que se acostaban con Zeus, al distraer a Hera para que no descubriera a su esposo y las ninfas pudieran escapar, apenas la sentían cerca. Pero, la diosa terminó por descubrir el engaño y castigó a Eco condenándola a “una mínima facultad y un muy limitado uso de la palabra”.

Si digo “ven”, Eco repetirá “ven”. Ella llama a quien la llama.

Cuando Narciso, confundido por las repeticiones de Eco, dijo “en este lugar juntémonos”, la ninfa repitió con todo su agrado “juntémonos”. Pero, al encuentro, Narciso la rechazó y Eco se ocultó presa de la vergüenza, detrás de las ramas, en lo profundo de las rocas, consumiéndose en el dolor. Permaneció oculta en el bosque.

El sonido es lo que vive en ella.

Narciso, por su parte, siguió rechazando amantes e hiriéndolos con su desprecio, hasta que uno de ellos alzó las manos al éter y rogó: “¡Ojalá él mismo ame así, que así no se adueñe de lo amado!” y el ruego fue escuchado.

No me detengo a anotar cómo Narciso acaba con su vida al no poderse alcanzar en su reflejo en el estanque y no me interesa mucho el desespero de ver su imagen distorsionada. Todo esto a pesar de que este personaje, y sus obsesiones, me genera especial interés.

En mi historia, el mito se distorsiona así:

Yo Eco y tú Narciso. Mientras tú te perdías en el espejo que te reflejaban las aguas, yo seguía repitiendo tus palabras. Hechizada, sin la posibilidad de encontrar otra cosa que decir. Me quedé siendo Eco en un lugar en el que se goza de las repeticiones.

Ahora mi boca está quemada. Tengo los labios gastados y me duele constantemente la garganta.

El espejo en el que se sumerge tu conciencia es el pasado. Miras, extasiada, esa imagen que no se puede agarrar y que es la obsesión que te atormenta.

Las palabras que yo repito son: vergüenza, qué dirán, dolor, turuleto, debilidad, orden y desorden. Son palabras que repetiste siendo eco de los gritos y los golpes que el abuelo le propendía a la abuela.

La abuela, esa mujer de la que dices que siempre te tiró muy duro.

Yo soy Eco que mira distante y repite: *abuela, no le tires tan duro a mí mamá.*

Las palabras que yo repito son: *boba que soy yo*, “su abuela es una alcahueta” / *mi abuela es una alcahueta*. Mi abuela, que también fue mi madre, hoy me mira y no me ve. Sí, no me ve.

Soy Eco mirando a Narciso desde lejos, repitiendo cada palabra.

Repito palabras encerrada en la ficción que es el amor. Busco amor en un Narciso que está perdido en su reflejo. Yo no tengo dónde reflejarme, soy Eco y repito: *qué vergüenza, qué dirán, qué dolor de cabeza, ese tipo es un turuleto, no pensé que fuera tan débil, (no puedo vivir en orden y sí en desorden) ... “¿cómo pueden vivir así?” ¿cómo puedo vivir así? ¿Así cómo?*

Mamá dice “Troilo”, yo repito: *Troilo*.

“Hay que tener bien la casa también para uno. Éramos muy pobres, pero yo mantenía todo limpio...”

*¿Qué tratas de limpiarte, mamá?, ¿la pobreza?*

Mamá.

50 años

Hoy estás cumpliendo no sé cuántos años. Sé que te perturba que sean muchos. No pasa nada.

Digo muy en serio que muchas se morirían por tener una mamá como tú.

(Mejor digo: una mujer que se conserva tan bien y que se ve tan bella, porque entiendo bien que la belleza es importante para ti, mamá)

Han pasado muchas cosas desde que regresé a Bogotá, aunque todas determinadas o, más bien, desenfocadas detrás del hecho de estar sin empleo. Sigo esperando que me llamen. Esta inestabilidad me ha hecho pensar en mi paso tan transitorio y desapegado por muchos lugares, con una ansiedad que se marca por el miedo a que mi estadía no va a ser permanente. Siempre en vilo porque no logro establecerme.

He pensado mucho en mi vida y me pregunto hasta qué punto estoy logrando consolidar un hogar para mí, o al menos una versión que se acerque a eso.

Hace unas horas terminé de leer, en voz alta, un libro de un escritor que me ha gustado mucho y del que hemos comentado con alguna regularidad. En el libro que te menciono, se retratan la espera, las ganas de irse, el reflejo de los hijos en el espejo que es la madre.

Se habla de días de tristeza y de días de amor. Se habla de hogares y de cómo se construyen. Fue inevitable pensar en ti.

Se me pasaron por la cabeza dos cosas. Una, el video de aquella vez en la que visitaste las Cataratas del Niágara (hace mucho de eso). Dos, tu sueño americano... Te explico. El video de la visita a las Cataratas muestra un trayecto que inicia en la que fuera tu casa en Morristown. Tus

compañeros de viaje y tú nos muestran su vida como inmigrantes. No puedo determinar cuánto tiempo llevas en Estados Unidos para ese momento, pero te veo muy sonriente y saludable. En realidad, te veo feliz. Aparecen las múltiples paradas en las tiendas de gasolina con ustedes, extranjeros indocumentados, muertos de la risa, hablando en español con gafas y ropa gringa. Llegar a las cataratas debe ser un suceso. Llegabas –llegaban- a la opulencia y a la grandeza. Estabas arriba, bien arriba, en un país que te hacía sentir muy cómoda por tus posibilidades adquisitivas y porque por fin asumías un rol de independencia y provisión. El video logra mostrarme lo que quieres que vea. Pero no puedes negarme, mamá, disipar si quiera, lo que había detrás de ese viaje, en un país que no te reconocía, que no te dejó gozar de tus derechos y que te hizo pagar un precio de no-lugar por el hecho de estar allá.

A mi mente vienen también otros videos, en los que recuerdo que aparecía, en repetidas ocasiones, el café para llevar: siempre vasos grandes con tapas, cajas para portarlos, todo en plástico y en cartón. Eso me gustaba, porque era un formato desconocido para mí y se me hacían muy bonitos los empaques. Aquí, el café se llevaba, hasta hace muy poco, en plásticos que hacían inevitable la quemada.

Y así, muy cercano a estas primeras imágenes, viene lo segundo que te mencionaba: el sueño americano. Contrario a la felicidad espontánea que veo en ese video, ahora te pasas los días sentada en la sala de la casa con la cara descompuesta. Ya no tienes esa sonrisa incontenible. No. Estás sentada en la sala revisando papeles y mirando, una y otra vez, fotos de esos viajes y esos días. Te la pasas hablando con tu esposo latino que sí se quedó viviendo el sueño. Regresaste a un país en el que trabajando como conserje no se puede llevar una vida digna. Aun así, ser pobre podría ser aferrarse a una espera y a un anhelo de una vida mejor que, por lo general, está en otra parte.

Te traje de vuelta la razón equivocada y más tirante: tus hijos. Pero regresaste con el objetivo de volver a irte en otras condiciones. Por eso te aferras a tu imagen del rostro anhelante del paseo a las Cataratas, del Empire State y la Estatua de la Libertad. Veo cuánto necesitas irte para volver a la vida que cuentas: comprar, tirar, comprar, o para que te pidamos casi todo lo que queremos.

A mí me asombra, mamá, la facilidad con la que nos prendemos de los recuerdos y de las ilusiones. A veces no entiendo la forma en que esa espera altera el paso del tiempo. Te han pasado los años y, sin embargo, el sueño sigue intacto. No lo afectó ni tener que casarte con un hombre al que no amabas, ni los miles de dólares que pagaste y perdiste por vivir años indocumentada (el castigo, como lo llaman los gringos). No te ha importado la burocracia, ni las visitas a la embajada para seguir recibiendo un “no” por respuesta. Mucho menos varían tus conversaciones y se te olvida que me has contado mil veces la historia de cómo te sentabas a estudiar inglés después de limpiar las oficinas de bi-ei-es-ef (BASF), ¿lo deletreé bien?

No es este el lugar, mamá, para hablar de lo que yo sentí. No quiero, como el protagonista del libro que menciono, hacer una lista de recuerdos –que en mi caso son escasos- contigo, o de hacer reproches indirectos sobre la partida. El momento para eso ya pasó y, aunque no pude hacerlo nunca, ya no me ocupa.

Pensé en ti porque la madre del protagonista de este libro, que te contaba al principio, también desea irse: el lugar en donde vive no tiene nada que darle a ella. Esta madre se va con una carga ligera en busca de algo que adquirir, que poseer.

Yo quiero, mamá, que la vida te recorte la espera para que puedas irte pronto.

La primera vez que registro haber sentido vergüenza fue aquella en que un hombre me metió los dedos por dentro de mis calzones y me dijo: “está sucia”. Sacó sus dedos brillantes, viscosos y empapados de una sustancia blanca.

“Está sucia”.

Moreno, grande, gordo. Este hombre parecía un oso gigante, para ese entonces.

La suciedad tardó en quitarse muchos meses y no sé si se la llevó el cansancio del oso, al ver su deseo consumado, o si algo lo detuvo. Por ese tiempo, se empezaron a escuchar rumores:

Un hombre le dijo una vez a mi abuela: “dicen que es un morbosos”.

El oso también fingía ser tierno y bondadoso cada vez que limpiaba a su hijo. El oso Víctor y el hijo Jorge.

El oso Víctor siempre hacía la limpieza en dos lugares de su casa: nos llevaba a la terraza y a la habitación oscura con una cortina azul de flecos, en lugar de puerta. Yo tendría unos cuatro años y el hijo Jorge, también.

Pasaron muchos años antes de que me diera cuenta de que el oso medía, si acaso, un metro setenta, e igual que antes, era barrigón y moreno. Fue mi profesor de arte en el colegio. En esa época contenía en silencio el asco que me daba su amabilidad, la exaltación que hacía de mis virtudes y su desprecio disimulado por mis pocas habilidades artísticas.

Fue necesario verme acorralada, mientras él me llamaba la atención por un mal comportamiento (*si mi mente no me falla, yo estaba sola en el salón de clases y el oso Víctor apareció de un momento a otro levantándose la voz*), para que yo le gritara que él era un hipócrita:



“Usted no tiene ninguna autoridad moral para regañarme. O es que usted cree que se me olvida lo que me hizo”. Salí corriendo, impulsada por los saltos que sentía en el pecho y en la sien, las piernas temblorosas y unas ganas incontenibles de orinar.

Me oriné en la cama hasta que estaba muy grande. Esa fue una de las grandes vergüenzas de la casa, durante mi infancia. Debido a mi incontinencia nocturna, mi familia evitaba salir conmigo y no sabían qué contestar cuando los veían comprando pañales gigantes, "porque una vieja como usted no se tiene por qué orinar en la cama, a estas alturas de la vida".

Teniendo seis años, una vieja como yo también debía aprender a controlar sus impulsos. Contrario a eso: hablaba, de más, a grandes, pequeños, ancianos, estatuas, estampas en la pared, videos, películas. Hablaba siempre.

Una vieja como yo también debía aprender a controlar sus impulsos. Contrario a eso: comía de manera compulsiva dulces y comida chatarra. Recuerdo aquella vez, en aquel paseo en el Caribe con mi familia, cuando saqué del refrigerador del hotel una torta de chocolate que, seguramente, serviría de postre a varios de los comensales, pero me la comí sola. Todos me miraban y mi familia estaba pálida de la vergüenza y de la rabia conmigo. Horas más tarde vomité.

No fue la única vez. Yo era la niña glotona que no podía resistir su deseo por comer de una manera desenfrenada cualquier cosa que le gustara. En esta categoría reinaban el chocolate y las gomitas. El caso es que, apenas me daban el primer bocado, era como si rompieran una tubería y no se pudiera detener el desastre. Nunca me disuadió la indigestión, pero sí se creó una cadena de matronas que vigilaban y censuraban mis gustos y mis excesos, entre miradas paralizantes (mi abuela, por ejemplo, empezaba a mover la cara con un movimiento de arriba-abajo, como en señal de asentimiento, y las cejas fruncidas. En sus labios se dibujaba la frase "esperate y verás") y palabras hirientes ("esta surrona, desagradecida", era la frase más común).

Una vieja como yo también debía aprender a controlar sus impulsos. Contrario a eso: hilaba mis primeras historias de amor, me iba para la parte trasera del colegio, con algún noviecito para darnos besos a escondidas.

Una vieja como yo también debía ser una buena mujer. Contrario a eso: no puedo nombrarlo (*Sí, aprendí que, para ser digna y tener algo de valor, tenía que ser una buena mujer, y entonces mi vida se ha basado en tratar de aprender a controlar mis impulsos, ser prudente y silenciosa, bella, incondicional, paciente, buena hija*).

Ser una buena mujer es, básicamente, prepararse para: uno, mostrar, sin llegar a exhibir, que se es capaz de sostener un hogar por cuenta propia. Dos, ser elegida por un hombre digno como esposa. Tres, tener algún talento porque, además de buena esposa, hay que estar a la talla del marido (mi abuela, por ejemplo, no tenía que producir más que hijos y comida. Nosotras, las de ahora, además de lo anterior, debemos mostrar que tenemos un cerebro medianamente capaz de mantener entretenido a nuestro protegido). Cuatro, lograr un balance perfecto entre ser la madre de nuestro esposo y su mejor amante. Cinco, tener propiedades y carreras dignas del matrimonio. Seis, ser buena anfitriona. Siete, estar en las verdes y las maduras. Ocho, tener la casa limpia.

Ser buena en la limpieza. Ser una mujer pulcra, pura y limpia.

*(Pero la abuela también exaltaba a la mujer digna, a la que, en lugar de esposa, estudia, logra independencia económica y se queda sola toda la vida para vivir como le dé la gana).*

Yo no era limpia.

Una vieja como yo debía controlar sus impulsos. Pero no lograba dejar una cosa en el mismo lugar que la encontré. No me importó la cantidad de barro que pudiera levantar o cuanta mugre acumulara mi piel, siempre que pudiera jugar.

Una vieja como yo debía ser prudente. Pero me gustaba manejar la bicicleta a mis anchas, por todas las calles de la cuadra. Una vez me arrastró una moto, las llantas traseras se engancharon. Yo fui arrastrada por muchos metros porque por alguna razón no volé (me aferré a la dirección de tal manera que, en lugar de salir volando, me quedé pegada al piso). Mi vulva quedó en carne viva. El conductor de la moto nunca volvió para verificar mi estado de salud.

La cuadra guardó silencio. La casa del oso Víctor estaba enfrente de donde ocurrieron los hechos.

Entré al baño después del accidente, sin poder decir una sola palabra. *Por imprudente e inquieta.* Me lo había buscado. Con espejo en mano, abrí la taza del sanitario. Los calzones estaban pegados a los labios. Tomé un borde y empecé a halar con mucho cuidado. Fue la primera vez que me miré la vulva. En el calzón iban quedando, punto por punto, las goticas de sangre (sí, goticas, porque eran pequeñitas, vastas y se sentía dolor con solo mirarlas) y unos trozos de piel.

No sé cuánto me demoré en recuperarme.

Ahora no solo me orinaba de noche, también me orinaba parada, en cualquier parte. Porque, aunque tenía que estar limpia, el dolor siempre ha sido más importante para mí que la limpieza.

La apertura a la incontinencia absoluta cerró el grifo de las noches.

De nuevo, fui una niña buena y deseable.

No lo suficiente como para conocer a mis padres.

Conocí a mamá en un aeropuerto.

Tenía una pancarta hecha de cartulina verde con letras azules, torcidas.

*Bienvenida a casa, mamá.*

Fue evidente que no le gustó el mensaje de bienvenida.

*(Ese día empecé a competir por el afecto de alguien. Mi mamá no supo disimular que, a pesar de mi esfuerzo, la pancarta no le gustó y se puso en evidencia cuando se despachó en halagos por la pancarta de mi hermana.*

*Nuestras letras tenían siete años de diferencia en entrenamiento.*

*No hubo abrazos.*

*No nos reconocimos).*

Sabía que la señora que despreciaba la pancarta era mi madre. Que ese día dejaba de ser la niña criada por mi abuela y que el mito de la inmigrante se convertiría en realidad.

*La pancarta perfecta de mi hermana tampoco desdibujaba su propio origen:*

Un día mi hermana dijo: “yo soy bajada del monte con espejo”.



Cuando empecé a conocer a mi madre, empecé a conocer la limpieza.

*Mamá tenía una obsesión desconcertante por mantener todo limpio.*

Recuerdo antiguo y persistente: mamá asigna las tareas del hogar: “usted sacude el polvo y su hermana, trapea”. Mamá entra revisando la limpieza y se le desfigura la cara. Toma una silla y la lanza lejos sin mirar si hirió a alguien y en ese momento se coordinan grito y vuelo. El golpe de la caída suena al tiempo en que se rasga la voz de mamá, que ha lastimado su garganta después del ataque de ira.

*(Mi mamá, con el discurso de la limpieza, no dimensionaba que alguien, alguna vez, había decidido sobre mi cuerpo, y que esa no fue la última vez).*

“No entiendo cómo no les da vergüenza que les vean las cosas así”, decía seguido.

Hasta en las épocas de su depresión limpiaba cada esquina, cada borde, cada hendidura. Vivíamos en un apartamento prácticamente vacío, de tres habitaciones. Solo teníamos una cama, un colchón, una nevera diminuta como la de los hoteles. Había una ventana en la sala, que convivía con un árbol enorme al lado. La ventana del árbol. En las noches, la sala se llenaba de murciélagos, que, cuando entraban, se resbalaban en el piso encerado. Mamá dejaba en cada cosa que tocaba un rastro de una luz que, poco a poco, se le iba extinguiendo.

DD/MM/AAAA

*Hoy he venido a la casa de una amiga. Estoy huyendo de la hostilidad de mi mamá. Nada me duele tanto como una discusión con ella. Siento que mamá no termina de aceptarme, de recibirme, de quererme. Tuvimos una pelea. Entonces hui al refugio de mi amiga en otro pueblo. Desde el 03 de julio estoy en el pueblo, de regreso, y ya estamos en agosto. Aunque me cansé de no encontrar un mejor trabajo, ya no estoy segura si debí irme, aunque me negaron ese aumento en mi salario. Sigo esperando que las predicciones sean favorables y con la promesa de hacerlo todo diferente. ¿Será que alguna vez llegará algún trabajo en el que me sienta reconocida y bien pagada?*

*No soporto el pueblo y aún así volví.*

*La pelea: le reclamo a mi mamá mi papel de hija. En cambio, mi mamá y mi abuela solo esperan que me vaya pronto. Yo también lo espero porque no me siento cómoda aquí.*

*¿En dónde me sentiré cómoda por fin?*

Ser amiga, para mí, significaba dar y recibir lo que en mi historia había hecho falta: un buen espejo, un reflejo que me devolviera una sensación de seguridad y realidad. Un espejo que me permitiera ver y permitiera a otros ver que no había nada de malo con ellos. Ser espejo, ser espacio seguro.

Pero no era espejo. La imagen que me devolvían seguía distorsionada y yo me replegaba:

Soy Eco que se esconde en la montaña. Si me dicen “ven”, diré “ven”.

Soy Eco que repite palabras, escondida en los arbustos. Sigo a la persona que habla.

El despojo es a lo que estoy acostumbrada.

Hay más: no tengo rostro. Soy una silueta que puede estar incrustada en cualquier cuerpo.

La injuria se inscribe en el cuerpo. Repaso la herida con lealtad y propiedad. Nada es tan propio, nada llega a pertenecer tanto a uno, como el dolor que un día se inscribió en el cuerpo y no pudiendo escapar de esto, se regresa al lugar conocido. Se elige ser monstruo y se habita esa herida (*soy Eco de los pasos que leo. Busco pasar de la vergüenza al orgullo*):

Era una niña entregada por completo a la costumbre de aprender por imitación y sin el más mínimo esfuerzo intelectual por problematizar a mis referentes. Mi referente: otra niña como yo, entregada a una historia de amor que no era suya. Una niña cristiana de convicciones firmes. Una niña que buscaba la fantasía del amor eterno, que renunciaba a sus juegos para volverse una experta en seducción, en juegos sexuales, en manipulación.

Yo no buscaba el amor eterno ni ser una experta en juegos de seducción. Yo necesitaba parecerme a alguien para sentirme arraigada.

Miro la herida.

Recuerdo el olor a asepsia, recuerdo sentir que las habitaciones estaban inundadas de muertos, que imaginaba los lamentos de los enfermos que alguna vez visitaron esa clínica. Que yo misma me estaba acostando en una cama de sábanas blancas con un olor que se me iba a quedar la vida entera en los poros: blanqueador y desinfectante. El cuarto estaba limpio.

A fuerza de seguir a la altura, el primer encuentro sexual que tuve fue con un hombre mayor, que ignoró por completo, *que quiso ignorar por completo*, que se estaba acostando con una niña.

*Siempre he recordado ese momento con vergüenza.*

En una habitación oculta en una clínica abandonada, la situación lo tuvo todo. Aunque se había puesto sobre la mesa la necesidad de usar condón, este hombre lo retiró. Eyaculación sin consentimiento. Minutos después, fui vestida y despedida. De nuevo estaba parada en el centro de la gran casa, de los respetados señores con un *post day* en la mano.

En la sala había un espejo enorme de un metro de largo por dos punto cinco de ancho. Me miraba buscando signos de cambio en el cuerpo. *Eso de perder la virginidad no se notaba al instante.*

“¿Cómo se toma?”, pregunté.

“Te tomas una hoy y mañana la otra. No quiero que quedes embarazada”, me respondió.

Decidí fingir que no había pasado nada, justo después de contarle a mis amigas que ya no era virgen: menstruaba y follaba. Yo ya no era una niña (pero sí lo era y no lo aceptaba).

Era la amante de un hombre mayor sin saber lo que implicaba ser la amante. Me reía de haber seducido a un hombre que se decía enamorado, de haberle “ganado la partida” a otra mujer. No había contrastes.

Tragaba sin fondo y sin preguntas.

Todo era plano. El objetivo intacto: sentirme arraigada.

DD/MM/AAAA

*Siento que no logro mantenerme en pie. Crecí contándome la historia de la víctima que es salvada. Fui fiel espectadora, junto con mi abuela, de las telenovelas que contaban historias de mujeres que eran salvadas por hombres adinerados o una suerte de azar las bendecía con herencias inesperadas y familias millonarias. Recuerdo que mi memoria atesoró especialmente la imagen de que los hombres eran un puente que llevaban a descubrir verdades esenciales sobre sí mismas a esas mujeres. Historias de rechazo, dolor, victimismo, sacrificios, abnegación. Mientras veíamos ese tipo de contenido, mi abuela, desde el otro lado del sofá, repetía cada vez que podía “estudie, que los hombres son todos iguales y quieren lo mismo. Cuando lo*

*embarazan a uno, se les acaba el amor”. Era como si la abuela dijera: “estudie para evitar el desamor, para evitar que la usen o la dejen a un lado”.*

*Estudiar como sinónimo de poder emancipador del varón/macho. Estudiar como sinónimo de evitar una cárcel de celos, de hijos, de servirle al otro bajo el argumento de que la mujer debe servir al hombre, porque detrás de todo buen hombre debe haber una gran mujer. Estudiar como sinónimo de la libertad de ser “alguien” (como en la telenovela, que el hombre con su amor le da un lugar a la mujer, la saca del no-lugar, la hace “alguien”, aunque el precio que se pague por eso sea alto). Estudiar como sinónimo de una vida en soledad, medio resentida, medio liberada...*

*Mi abuela no tuvo la posibilidad de acceder al reconocimiento de una mujer desde otra mirada: la suya. Mi abuela mira desde los golpes de mi abuelo cuando le daban arranques de celos, desde las miradas burlonas de las mujeres que él frecuentaba. De la presión de sus hermanos, su mamá, su familia porque casi se queda siendo la solterona de la casa. Mi abuela se configuró bajo las manos de un hombre que dibujó una cruz en la calle para jurarle amor eterno. Se configuró desde su padre, el hombre que murió al caer distraído en un hueco. El amor que sintió por aquel hombre del que se enamoró desde niña, y que en cuestión de segundos la cambió por otra -se fue con otra-, le dio forma al cuerpo de mi abuela. No la juzgo, entonces, por no enseñarme otros modos de amor. Ella me da, nos da, lo mejor que puede: el amor a los trancasos, a demostrarlo poco, a desconfiar de quien nos ama porque también nos hiere, nos abandona, nos pone en peligro.*

Primer día de clases. El profesor es un francés de pelo blanco, con una verruga en la frente que ninguno puede dejar de mirar. Sonríe. Dice, como parte de su presentación, que la filosofía es un modo fundamental de vida. Tengo 17 años, estoy sentada en la mitad del auditorio y anoto cada cosa:

*El profesor Fransuá... ¿O es François? (pienso para mí y ya me perdí de las demás cosas que dijo).*

El programa se encuentra en la fotocopidora café, junto con las demás lecturas.

Pierre Hadot.

*Mooooo doooooo fundaaaamentaaaaal de viiiiidaaaaa (repito en mi mente).*

Clic, clic, al portaminas.

*Yo que pensaba que la filosofía no le gustaba a nadie, estoy sentada con setenta y nueve personas más en ese auditorio que huele a mugre, sudor y hoja de árbol de mango.*

*Tengo un entusiasmo forzoso. Necesito sentir que el corazón se me va a salir del pecho, porque si no es eso, debo admitir que lo que siento es decepción. No quiero estar donde están todos; si elegí la filosofía es porque quiero algo diferente, algo que, incluso, incomode a la gente.*

Cierro el cuaderno. Finjo prestar atención, pero me detengo en cada uno de mis compañeros.

No anoto nada más.

En la segunda clase Fransuá nos presenta al “monitor”, que es la forma en que llaman al asistente del profesor, en esta universidad. El asistente está desarrollando su tesis en Cicerón, el orador perfecto. Cuando termina la clase, mi grupo de amigos y yo decidimos buscarlo en Facebook, en



un intento de rastrear quién es. No aparece. A los pocos días un amigo llega riéndose, a la par que celebra: “encontré al monitor, que en Facebook se llama Oratus Perfectus”. Nos reímos, porque Oratus Perfectus no emite palabras por fuera de lo que tiene que explicar en las clases o en sus largas disertaciones sobre los escépticos y Cicerón.

Oratus Perfectus trabajaba también en la biblioteca de la facultad, que yo visito, de vez en cuando, para consultar uno que otro libro empolvado, para, al final, distraerme mirando el desorden de ese lugar. El olor a humedad me abruma y no logro entender cómo es que los amantes de los libros pueden ser tan descuidados con los ejemplares que ahí se guardan.

Recuerdo que, en una de mis visitas, le conté que había logrado presentar, contra todo lo que esperaba, un trabajo exitoso de 250 palabras. Mi gran acierto fue haber puesto en esa cantidad de palabras, una reseña de un texto para la clase de ética que, por cierto, era sobre Kant y que había logrado terminar una noche que no había electricidad en la casa. Hablaba y hablaba y el Orador Perfecto solo me miraba con una risita que no demoró en fastidiarme. Cuando le pregunté qué era lo que le divertía tanto me contestó: “pues que ese talento no lo he visto en las clases de Fransuá. Tus trabajos difícilmente podrían calificarse por encima de 3,5”. Silencio. “Es que de hecho no sos solo vos. De ese grupo solo se salvan dos personas” (*De 80 personas, solo se salvaban dos. No me metí a una carrera que pocos eligen, es que yo tampoco tengo nada de particular*). “Y yo no soy una de ellas...”, dije. “No”, respondió el orador.

Sigo perdiendo los días. Empiezo a sentir el cansancio en mis manos y encuentro poco sentido a lo que dicen en clase.

No sigo los argumentos. Ahora grabo las clases. No anoto nada más.

Liliana es el nombre de la mujer que vive de la educación y el arte. El día que la conocí me dijo que la educación era un negocio y ella sabía aprovecharlo. Era mezquina. Tenía la cara cuadrada, muy cuadrada, un mentón pequeño, boca pequeña, ojos azules, poco pelo. Muy poco pelo. Su torso también era cuadrado. Tetas grandes, nada de culo, dientes torcidos. Sonreía demasiado, a pesar de sus dientes. En los párpados se dibujaba una línea negra temblorosa, de las peores que he visto, y se ponía un labial rojo en sus labios delgados. No sé cómo lograba verse bonita, pero lo lograba.

Estaba a la cabeza de una fundación que abandonaba, cada dos por tres, por irse a Santa Marta o a cualquier otro destino al que su novio reciente la invitara y se ponía histérica cuando, a su regreso, las cosas no se habían hecho como ella esperaba.

Había aceptado trabajar con ella, después de meses sin conseguir ningún trabajo y estando al borde de quedarme sin dinero para pagar el apartamento y la comida. Tenía unas migrañas que me inhabilitaban y me desesperaba estar tan enferma.

Liliana me llamó diciéndome que una amiga le había recomendado mi trabajo y que, en efecto, buscaba mi perfil. Necesitaba a alguien que le ayudara a pensar programas, diseñar nuevos contenidos, acompañara a los estudiantes de los muchos diplomados que creaba, gestionara fondos de entidades privadas que patrocinaran a los participantes, mantuviera su agenda al día, hiciera seguimiento a los docentes y no recuerdo cuántas cosas más. Todo eso por poco más de un salario mínimo. Le dije, sin embargo, que me encontraba haciendo un posgrado y que, si pudiera considerar cambiar la oferta, lo pensaría.

Subió su oferta, pero no mucho más y empezamos a trabajar juntas.

En el fondo sabía que le llamaba la atención trabajar con una persona que hizo parte de un comité editorial que poco antes le publicó un cuento mediocre que había escrito. El cuento ni siquiera era un cuento, tenía vestigios de poema en prosa, pero tampoco terminaba de funcionar de esa manera. Y no, no era un híbrido. El comité editorial discutió mucho para su publicación y hubo quien dijo que hasta le parecía un plagio. Liliana decía que era escritora, promotora de lectura y profesora. En sus clases, debía hablar de estrategias para leer en voz alta; pero nunca vi improvisar tanto a alguien, ni siquiera a mí en mis primeros años de docencia. Los estudiantes me escribían indignados diciéndome que no tenía sentido pagar un diplomado tan caro, para recibir cuatro horas de clase de alguien caminando y hablando todo lo que se le ocurría.

Cuando pensaba que las cosas podían mejorar por estar trabajando de nuevo, sucedió todo lo contrario y me encontré con quien contrata con tacañería, engaña a la gente, improvisa, habla sin parar, pero sabe vender muy bien. Trabajé codo a codo con una persona que se creía sus propias mentiras: su diplomado estaba plagado de títulos bonitos, pero, no estoy segura de si alguien aprendió algo realmente; el diploma no estaba certificado desde el Ministerio de Educación. Encima, no pagaba a tiempo y fraccionaba mis pagos.

Todo terminó muy mal porque, para colmo, “no di la talla”. Cada que algo no estaba como ella lo esperaba al regresar de sus viajes, me trataba mal y no escatimaba en palabras que me recordaran mis dificultades para entender sus instrucciones y seguir sus órdenes. Le enojaba especialmente que no estuviera dispuesta a mantener conectada 24/7. Con la excusa de que me había contratado por prestación de servicios, reclamaba que todo el tiempo estuviera dispuesta para trabajar. En eso nunca cedí.

Hasta que un domingo me llamó a decirme que me daba un mes para que yo consiguiera otro trabajo.

Recuerdo con gracia que finalmente pude irme antes del mes que me dio de plazo y mandé una carta de renuncia en la que manifestaba mi descontento. Liliana me respondió diciéndome que le daba tristeza que yo no asumiera mi culpa, que era incapaz de asumir mis errores.

Busco un espejo que me devuelva el reflejo, ¿qué soy yo sin otro que me mire? El primer reflejo que tuve se distorsionó ante la idea de la ausencia y el abandono. El segundo espejo reabrió la herida y con un rechazo fulminante quebró el cristal: no hubo más espejos.

La injuria se ha convertido en un miedo irracional a que no me vean.

La primera vez de la que registro haber sentido celos estaba comiendo con una amiga de la Universidad, hablábamos de mi más reciente aventura amorosa y le estaba confesando que empezaba a enamorarme del hombre con el que salía.

“Su exnovia llega en un mes de EE.UU”, me dijo

“¿Y?”, pregunté

“Y nada”.

Ese día se acabó la paz. No terminaba de entender por qué el asunto tenía tanta trascendencia. Y, a medida que me enamoraba más, contaba los días que faltaban para que llegara la famosa exnovia.

Tenía el rostro desfigurado y los nervios destrozados. Invadía su privacidad, para encontrar alguna pista, alguna incoherencia, alguna mentira.

Profecía autocumplida.

Ante los ojos del pasado, yo era una bruma que llegaba para tratar de persuadir el paso de lo que avanzaba sin remedio. Yo no era nada. Yo era difusa y el pasado era el muro que se había quedado plantado para decir no solo que ahí había estado, sino que ahí seguía. Yo era el ladrillo suelto.

Inspeccionaba a la exnovia para corroborar que yo era inevitablemente inferior: ella alta, yo baja. Ella viajera, yo sin un peso para salir de la casa. Ella amable, yo malacarosa. Ella con fotos lindas, yo sin fotos. Ella segura de sí misma, yo con diez libras menos, más flaca que nunca, temiendo el momento en que volviera a verlos juntos.

Volvieron a estar juntos y el miedo se hizo más grande.

Hoy encontré a la abuela un poco más vieja. La piel alrededor de la boca se asimila a la camándula que lleva consigo siempre que se levanta, para iniciar el rosario de cada mañana.

“Hola, abuela”, digo

“¿ahhh?”, gira su cabeza hacia la derecha poniendo, en dirección a mí, su oído izquierdo

*(está muy sorda).*

No hemos podido descifrar cómo convencerla de que use los auriculares que le recetaron desde hace tantos años. Sabemos, aunque ella nunca lo ha dicho directamente, que el solo hecho de que alguien más la reconozca como “sorda” hace que prefiera la disminución de su calidad de vida, porque pone en evidencia su vejez, su vulnerabilidad. Una matriarca que pierde independencia y tiene que cederla a su familia, a sus hijos, sin saber lo que eso pueda significar exactamente.

La abuela mantiene el pecho tan erguido como puede, la ropa bien puesta; cada vez más delgada, más desorientada, la mirada perdida, las orejas sucias. Sus ojos siempre miran para dos lugares distintos y yo me pregunto en qué tanto pensará la abuela. Cuál de sus ojos se está enfocando en el pasado, en las escenas que repite una y otra vez con las frases de siempre (*siempre tan víctima, tan sufrida, tan dura la vida y que sería mejor no estar viva para no tener que sentir tantas cosas*). Cuál de sus ojos se enfoca en el presente, mientras cocina y reza y repite en susurros el padre nuestro, el ave maría, el gloria al padrealhijoyalespíritusanto.

A la mitad de la noche el susurro continúa, bien sea sonambulismo o que el sueño fue interrumpido, y enuncia el rosario que siempre está rezando, sin siquiera abrir los labios: cincuenta avemarías, cinco padrenuestros, que se reparten desde temprano en la noche hasta la madrugada. En un ronquido final: *gloria al padre, gloria al hijo y gloria al espíritu santo.*

## EL ORGULLO:

Me da vergüenza decir cosas incoherentes, no resultar interesante para los demás. Me da vergüenza mi nariz de caricatura, mis rodillas juntas-patas apartadas (rodillijunta patiapartada). Me da vergüenza no ser lo suficientemente agradable, querida, deseable. Me da vergüenza que la gente diga que soy complicada (eso también me da tristeza). Me da vergüenza hablar en público y ser de un pueblo. Me da vergüenza ser fanfarrona y estar en desventaja. Siempre quise saber más, hacer más. Me da vergüenza no atreverme, no ser reconocida. Me da vergüenza tratar a gente sin clase. Me da vergüenza que tener contactos no me haya servido para tener un buen trabajo. Ni siquiera tengo trabajo. Me da vergüenza mi caligrafía desordenada. Me da vergüenza pedir favores o enojarme. Reconocer todas mis heridas y que me sigan limitando; ser la típica mujer que espera que un hombre la salve. Me dan vergüenza mis ataques de ira y ansiedad, los de mi mamá, mi abuela y mi hermana. Me dan vergüenza las mentiras, las que yo digo, las que dicen otros. Me da vergüenza mi papá: un policía corrupto y fracasado. Me da vergüenza que el papá de mi papá violara una mujer y hubiera quedado en la impunidad. Me da vergüenza que abusaran de mi siendo una niña y me da vergüenza que mi familia no hubiera tenido ni sospechas de ese abuso; que me hayan dado la espalda cuando denuncié. Me da vergüenza reconocermelo como una víctima, actuar como víctima, justificar mis errores en que soy una víctima. Me da vergüenza mi necesidad de afecto y atención, mi propensión a imitar y pelear con los demás. Me da vergüenza no ser rebelde. No soy capaz de hacer un papelón en la calle, de embriagarme, de ser sobreactuada. Me da vergüenza mi hermetismo cuando conozco a alguien, mi autocontrol. Me da vergüenza criticar a la gente (igual lo hago) o llegar a incomodar (o sea, me da vergüenza llegar siempre). Me da vergüenza mi origen y me da vergüenza “mi destino”. Me da vergüenza



caer en lugares comunes, no sentirme lo suficientemente buena para hacer algo suficientemente bueno. Me da vergüenza no terminar mucho de lo que inicio. Me dan vergüenza mis contradicciones.

¿Cuánto puede durar el regodeo sobre una misma herida?

Soy Eco y soy Narciso. Repito las palabras que me dirigen al estanque: miro mi propia herida. Estoy pasmada observando su profundidad y hasta dónde llega a doler.

Me pillo a mí, que me he sentado, como mamá, a esperar que el dolor se vaya. Soy una casa en ruinas. Estoy en pausa. La vegetación sigue creciendo y ha empezado a agrietar las paredes. La lluvia ha ido quitando color. Las estructuras están intactas. Todo crece. Estoy en pausa.

La injuria se inscribe en el cuerpo. Repasamos la herida con lealtad y propiedad. Me regodeo en la herida como escarbo en la herida del labio: repaso los labios por los dientes. Abro las capas de piel hasta llegar al centro, succiono la sangre, sigo escarbando: la herida ahora es más grande y tiene pus.

Ya no es la injuria inscrita en el cuerpo, ya no soy Eco que repite a lo lejos las palabras de quienes la deslumbran o pueden atenuar su soledad.

Soy Narciso atormentado, tratando de alcanzar su imagen, consumida por el tiempo. Trato de abrazar el reflejo distorsionado de la injuria. Olvido que no soy eso. Me regodeo en la pobreza, aunque el problema no está ahí, ¿está en las estructuras?

Me regodeo en el ideal de un reconocimiento que no aparece de la nada y que no lo otorgan horas en el espejo, el buen gusto que sí tiene mi madre o los modales que me enseñó mi abuela.

*Siempre pidiendo perdón por aparecer en la escena. Porque una vieja como yo controla sus impulsos. Solo la gente ordinaria no lo hace.*

Y te veo sentada esperando, mamá y regreso a la casa cada tanto a sentarme como tú, a esperar que ocurra el milagro.

El milagro no ocurre.

Me regodeo en la herida.

*Como yo soy como brutica, repito las palabras de mi hermana. Me escondo para abrir un regalo o comer un plato rico, como lo hace mi tía. Me niego a saludar en la calle, como hace mi abuela. Alardeo de facultades intelectuales para manipular a otros, como hace mi papá. Enciendo las luces a mitad de la noche, encerrada en un miedo irracional a la muerte y cojo libros, como hacía*

mi abuelo. Grito, cuando tengo ataques de ira, como todos en esta casa, que tenemos ataques de ira. Critico todo, critico siempre.

La crítica es mi veneno: al que alcanza, lo perfora.

La crítica es mi veneno: soy presa de mi aliento. Me condeno a una mínima facultad y un muy limitado uso de la palabra.

El sonido es lo que vive en mí.

Me consumo en el dolor, mientras trato de salvarme de la herida.

Tendrás que sentir, para el final de este manuscrito, que estás orgullosa de los silencios, de las sombras. Dirás que fue un largo camino para decir que en la vergüenza que has sentido, en las palabras que has contenido, hay un rastro enorme de lo que eres. Sí, eres ese pasado que hoy escribe, pero no hallas el orgullo. Hay una contradicción, una grieta, esa grieta que contiene lo que se es. Esa grieta es lo innombrable, que en otros momentos fue “la bola de pelos en la garganta”, fue un montón de textos regados por todas partes, abandonados. Es la pila de agendas sin acabar. Esa grieta es el pensamiento que es rumiante, permanente, que ha se ha podrido en la boca y el cerebro.

¿Qué tendría que hallar para el final de este texto? ¿El orgullo de ser pobre, de sentirme anhelante de huir de una clase social que me hace mirar para otro lado, esperando que algo llegue, transforme, trastoque? No. No hay agencia en la pobreza, porque ser pobre es vivir a tope, pensando en sobrevivir, es la mirada puesta en otros, en una, más allá de la ventana; es la mirada gacha ante la sensación de no ser digno de lo que se consigue; es seguir regalando el trabajo y no entender por qué hay quienes, siendo menos buenos, menos capaces, terminan haciendo menos por más.

Es el peso todo el tiempo sobre la espalda. *El dolor en la espalda no cesa nunca.* Todo está delimitado, sentenciado. Las estructuras son rígidas y no quiero derrumbarlas, porque con ellas me derrumbo “yo”.

Tendrás que decir para el final que has perdonado el abandono y el rechazo. Que has superado la sensación de estar sucia, de tener que limpiar algo de manera definitiva en ti. La marca definitiva. Tendrás que admitir que has hecho todo esto para limpiar una herida que te permita encajar. La pobreza no se lava, no hay perfume que elimine ese olor. Tendrás que decir que este fue un relato de la cotidianidad de los pueblos, de ese lugar que no es ni campo ni ciudad, pero del que todos desdeñan. Tendrás que decir que, a los campesinos, como a los negros, como a las mujeres, les ha tocado aprender a levantar la mirada, porque nunca fueron dignos de mirar a sus patrones. Dirás esto y, sin embargo, apartarás la mirada.

Eribon pregunta: “¿llegaremos al punto de decir que la vergüenza es un sentimiento muy hermoso?” No lo sé, Eribon, la injuria se arrastra con uno y yo no he llegado a ese lugar que enuncias: el orgullo. El orgullo, en mí, es un acto; la herida, expuesta, no sana. *Finjo*. La herida puesta al sol se remarca. *Finjo*. No se te va a quitar el olor por mucho que espongas al mundo el motivo de tu vergüenza. *Me regodeo*. Los monstruos serán siempre esas figuras deformes, buscando un lugar, buscando una mirada que los refleje con amor y no con el amor de ser un monstruo.

Yo soy un monstruo.

*Abuela,*

*No sabes, no te digo nunca, que vengo para purgarme de la miseria que me significa este lugar. Este pueblo es un infierno. La gente me mira como si tuviera derecho. Me preguntan cómo me va y yo leo en su mirada la decepción cuando les digo que bien. Recuerdo lo que me has enseñado, que tal vez me tengan envidia, y poso, como siempre te ha gustado, de mujer ejemplar: alardeo de que no rumbeo, solo estudio y trabajo; que tengo unas mascotas que me aman, junto a un hombre con el que ahora vivo en un cuadro digno de lugar en la sala. Pero no soy feliz. A menudo me aburro de la imagen que tengo que alimentar y me desoriento cuando no soy eso. No sé cómo sobrevivir cuando no puedo controlar ser agradable o deseada siendo otra cosa (como vivir más al día, perderme en la montaña, pasar una noche con un extraño, embriagarme). No sé “ser” si soy amante de alguien o tengo un amante: “qué dirán de mí”.*

*¿Qué pasará cuando veas que me he hecho algunos tatuajes?*

*¿Qué pasará si descubres que odio la negación que haces de tu sordera, o las humillaciones que propendes al alardear de todo lo que tienes? (es que no es que tengas mucho, abuela).*

*Me cuestan especialmente tus contradicciones: “no viva para depender de un hombre”, “no se case”, “¿cuándo se va a operar para no tener hijos?”; y después me reprochas que viva con alguien sin tener la bendición del matrimonio y miras a mis parejas por encima del hombro, cuando son de color o pobres. ¿Y es que con quién te casaste tú, abuela?*

*Hace unos años regresaba de la ciudad a donde me había ido, con el corazón en la mano, sabiendo que tenías una cardiopatía que amenazaba con que te murieras. Recordaba que me criaste, me alimentaste y me cuidaste. Regresaba con culpa, porque decidí salir de aquí, de tu*

*abrigo. En la sala de espera del hospital pensaba en que podían acabarse las reuniones cada diciembre (que tanto criticabas, que tanto despreciabas, pero en el fondo esperabas con ansias), que con tu ausencia yo quedaría en el aire. Necesitaba decirte que me perdonaras por querer otra vida, que no te di satisfacciones suficientes.*

*Ahora en la Universidad no soy tan buena, de alguna manera, los otros siempre logran superarme. Eso me ha deprimido. Paso horas tratando de resolver cómo volver a ser la primera de la clase, cómo ganar el mejor promedio.*

*Lejos de ti y teniendo el mundo tan grande me doy cuenta que aquí no valgo tanto, no soy nadie. Ahora vivo solo con mamá, pero no nos reconocemos. Ella necesita que alguien la saque de un vacío en el que me da miedo caer. Estoy todo el tiempo con ella para evitar que la mate la depresión. Pero mi presencia tampoco es suficiente.*

*Fuera de casa me quedé sin el guion, abuela. Aquí el guion tampoco es suficiente.*

*Pero, aún con todo ese vértigo, no quiero volver a casa. Te pido perdón por eso, porque sé que no entiendes cómo yo, que soy la nieta a la que le dedicaste más tiempo, esfuerzo, a la que criaste, se fue de tu lado.*

*Te pido perdón porque no voy a ser la persona que esperas.*

*Entonces, al leer esta carta, amenazarás con abandonarme por eso. Pero yo volveré siempre a visitarte y a seguir recibiendo esa medicina que me limpia para que todo vuelva a empezar.*



## TRABAJOS CITADOS

- Cyrulnik, Boris. *Morirse de vergüenza: el miedo a la mirada del otro*. Debate, 2011.
- Eribon, Didier. *Una moral de lo minoritario*. 2020.
- Ernaux, Annie. *La vergüenza*. Barcelona: Tusquets Editores, 2020.
- . *Una mujer*. Cabaret Voltaire, 2020.
- Ginzburg, Natalia. *Las pequeñas virtudes*. España: El Acantilado, 2002.
- Sosa Villada, Camila. *Las Malas*. Tusquets, 2019.
- Taylor, Gabriele. *Pride, Shame and Guilty. Emotions of Self-Assessment*. New York: Oxford University Press, 1985.
- Williams, Bernard. *Vergüenza y necesidad. Recuperación de algunos conceptos morales de la Grecia antigua*. España: La balsa de la Medusa, 2011.